



Desaparece un Gran Historiador

Por TERESA DONOSO LOERO

672208

Para un gran historiador, partir de este mundo la víspera del día de su patria no es mala cosa. Es un fundirse con el alma de los héroes y emancipadores; es dejar este suelo tejido por hombres valientes en una fecha que vuelve a la vigencia tradiciones de nobleza y echa a volar por las alas banderas de honestidad, democracia e hidalguía.

Este Chile que Jaime Eyzaguirre cantó le despidió con el llanto de una lluvia en medio de la sequía. La "blanca montana" vuelve por un momento a vestir su ropaje de costumbre y los campos que sus ojos vieron por última vez bebían con avidez en el lagar de las nubes. Envuelto ya en la noche de Linares, el historiador enfrentó los faros de su muerte y murió solo, haciéndole eco a la soledad de su vida.

Hijo y miembro de familias patriciales —siempre a la sombra de ancestros y florecidas de hijos—, profesor, conferenciante, rector de multitudes. Solo, sin embargo. Porque vivió para ser fiel a sus ideas y las ideas cuestan un alto precio y las ideas bravas ahuyentan a pusilánimes y cómodos. Nos espavientan a todos.

Cada vez que triunfaron postulados contrarios a los suyos —a la rectitud de su conciencia— Jaime Eyzaguirre luchó. Jamás guardó silencio. La sangre vase a hidalgo que corría por sus venas purificó en él hasta el asomo de toda cobardía. Metó en él los balbuceos mismos de cualquiera transigencia.

En una ocasión de aquéllas le visitó un discípulo suyo. Fue como para darle un pésame, para golpearle el hombro en calidad de amigo. Al salir de su casa no pudo menos de exclamar: "¡Qué solo se queda Jaime!". Testarudo como buen vasco, contra todo y contra todos, Eyzaguirre blandía la espada de la originalidad. No por frivolo, sino por fidelidad absoluta; su Dios y su patria le pedían ser así aunque la

tierra entera diera un vuelco de blandura. Él era fuerte como aquellos que se abrieron un camino entre desiertos y nieves, entre bosques y aborígenes.

Así le tomó la vida: duramente. Jaime marchaba solo, recto y pobre. No podía transigir. Perdía un cargo y hallaba otro, ("Siempre mejor", confesaba, confiando en ese amigo que él llamaba "la providencia del Señor"). No pudo amontonar tesoros pues su riqueza estaba infinitamente más alto que la mediocridad de nuestros días monótonos.

Solía bautizarse "la viuda de Sarepta", pues su cántara estaba siempre lleno del aceite de la felicidad, como el de aquella mujer que —según cuenta el "Libro de los Reyes"— obedeció al profeta Elías, dándole de comer en tiempo de hambruna. Él buscaba el reino de su fe: todo lo demás le fue dado por añadidura.

Todo cuanto otros se ponen por meta primordial: inteligencia, fama, sabiduría, elocuencia. El historiador controvertido —suscitador de odios tantas veces— tuvo siempre su cátedra repleta y nadie logró ignorar aquello que, entre dardo y dardo de sarcasmo, hacía permanecer en el alma de este pueblo forjado entre cordillera y mar; pueblo pobre, nuestro y sufrido; pueblo nacido de un tronco ancestral que, como el olivo centenario, se retuerce pero no mengua: no necesita de aguas turbias para calmar su sed nobiliaria.

La historia de su vida es limpia como la frente cada vez más ancha que coronaba su erguida cabeza. Mezcla de picardía y dolor —amalgama de risa despectiva y mirada fulminante—, Jaime Eyzaguirre partió como el relámpago para encontrarse con la plenitud que buscaba desde siempre. Nos deja una senda, machete en mano abierta; el camino de cabras que conduce, rudamente, del fondo del abismo a las alturas.

El Mercurio - 20-11-1968 - Cipo.

Desaparece un gran historiador [artículo] Teresa Donoso Loero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Donoso Loero, Teresa

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Desaparece un gran historiador [artículo] Teresa Donoso Loero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile